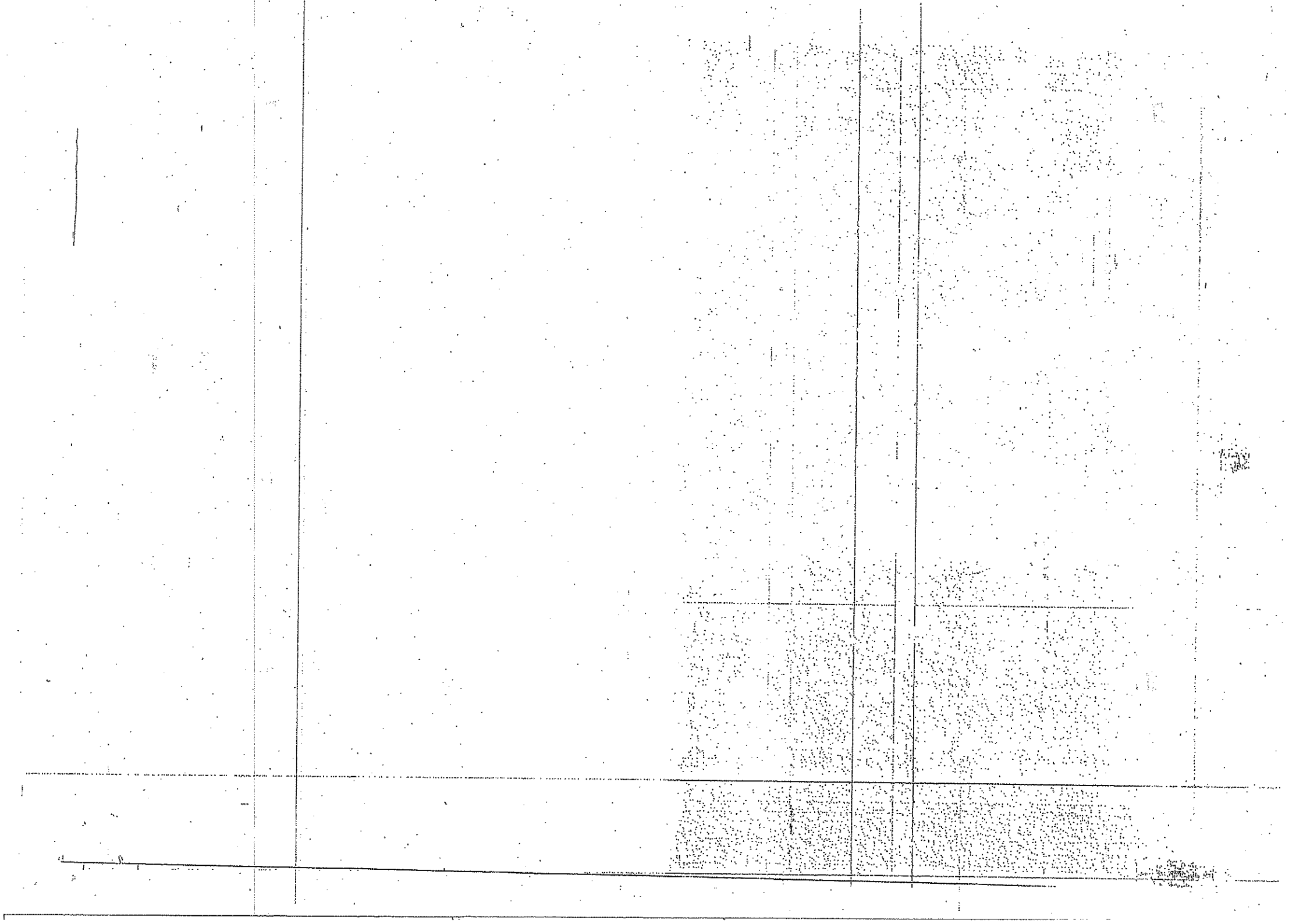


**INTRODUCCIÓN  
A LAS DOCTRINAS  
POLÍTICO-  
ECONÓMICAS**

**Walter Montenegro**





# LIBERALISMO

40

LIBERALISMO

El fisiócrata francés Gournay (1712-1759) acuña la célebre fórmula: *laissez faire, laissez passer* (dejar hacer, dejar pasar). Dejar hacer: cancelar las limitaciones del intervencionismo y abrir el campo a la iniciativa individual; dejar pasar: abrir las puertas de las naciones, suprimiendo las barreras aduaneras, de modo que se estimule y active la circulación de la riqueza.

En este punto, y como campeón máximo del *laissez faire, laissez passer* se hace presente el liberalismo económico o teoría de la libertad económica, fundada en la libre iniciativa individual movida por el deseo de lucro; en la libre competencia, reguladora de la producción y de los precios, y en el libre juego de las "leyes económicas naturales" o del mercado.

El más grande expositor o "padre" del liberalismo económico fue Adam Smith, filósofo y economista nacido en Escocia el año 1723.

Su obra fundamental (uno de los grandes monumentos del pensamiento humano) se llama *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, o más, comúnmente, *La riqueza de las naciones*, y trata del nuevo fenómeno que se anuncia en la vida de Europa: el capitalismo.

Frecuentemente, ahora como en vida de Smith, se le han imputado a él todos los vicios del capitalismo. La verdad, empero, es que *La riqueza de las naciones* constituye un análisis de interpretación del fenómeno capitalista tal como se presentaba, y no una justificación de sus métodos.

Como resultado de ese análisis e interpretación, Adam Smith deduce las leyes orgánicas y funcionales del capitalismo. No las inventa, sino que las descubre porque —esto es sumamente importante— la esencia del fenómeno económico, según él y los liberales, es que aquellas leyes son "naturales", existen por sí mismas y se desarrollan por razón de su propia dinámica.

Tan evidente es que Adam Smith no condonaba los

LIBERALISMO

41

excesos del capitalismo; que dijo, refiriéndose a los capitalistas de ese tiempo: "La cruel rapacidad y el espíritu monopolizador de los manufactureros y mercaderes... [hacen pensar que]... ni unos ni otros, ciertamente, deberían ser conductores de la humanidad." En cuanto a la distribución de la riqueza, escribió: "Ninguna sociedad podrá ser floreciente y dichosa si la mayoría de ella es pobre y miserable."

El primero de los elementos del mecanismo capitalista, según Adam Smith, es el interés egoísta que, traducido en apetito de lucro, mueve a la iniciativa privada. Frente a la demanda de los artículos que la sociedad requiere para satisfacer sus necesidades, el individuo busca y crea, en ejercicio de la libertad de empresa, la forma (remunerativa para sí) de satisfacer esa demanda; produce aquellas mercancías que los demás desean adquirir, y las pone a la venta. Produce tanto como puede, incitado por el impulso egoísta de acrecentar sus utilidades. Naturalmente, si el productor fuese uno solo, estaría en condiciones de elevar esas utilidades sin medida, pero aquí interviene el segundo elemento del mecanismo: la competencia. Alucinados por los beneficios que obtiene el primer productor, y en uso de la misma libertad de empresa, otros individuos siguen sus pasos y producen el mismo artículo. Tienen que venderlo, porque de eso depende su subsistencia y la prosperidad de sus negocios. La forma de conseguir compradores consiste, obviamente, en ofrecer un producto mejor y, sobre todo, un producto más barato. El primer productor, que ve disminuir su clientela (porque ella está comprando los productos similares más baratos), se ve obligado a reducir sus precios y sus utilidades, y de esta manera, en forma "natural", se establece un nivel razonable de precios que beneficia al consumidor impidiendo la especulación abusiva.

Al fundar su razonamiento, con criterio descarnada-

mente realista, en el interés propio, en el egoísmo del productor, Adam Smith parecía dar justificación ilimitada a un sentimiento antisocial de explotación de las necesidades del consumidor por parte de los productores. Pero, simultáneamente, dejan sentado que la interacción de intereses egoístas sirve como regulador espontáneo y automático.

Sin embargo, podría ocurrir, hipotéticamente, que si hubiera un campo ilimitado para la venta de artículos, fuese posible subir, también ilimitadamente, los precios. Pero tampoco esto es cierto, y aquí surge el tercer factor: la ley de la oferta y la demanda. Ninguna necesidad humana es absolutamente ilimitada, lo que quiere decir que no puede requerirse un volumen ilimitado de determinado artículo dentro de un período de tiempo determinada. Por consiguiente, la necesidad del consumidor llega a un punto en que se satisface y deja de existir. Los artículos ofrecidos al consumidor mantienen su precio, únicamente, mientras el volumen de los mismos no sobrepasa el de la demanda. He aquí otro control automático. Porque si los productores han ganado utilidades excesivas que les permiten incrementar en forma desmedida su capacidad de producción, y si el número de productores se ha multiplicado irracionalmente en un renglón determinado, llega un punto en que ya no hay quien compre todo lo que producen. Tienen, pues, que apelar, para sobrevivir, a los expedientes de reducir precios, de reducir la producción, o, finalmente, de buscar nuevos campos de actividad, lo que contribuye a la diversificación de la economía. Desaparecida la congestión anormal, suben los precios y se restablece el equilibrio entre la oferta y la demanda.

Esto, en lo que se refiere a las relaciones del productor con el consumidor. Otro tanto, dice Adam Smith, ocurre en las relaciones del capital con el trabajo.

La capacidad de trabajo de los obreros (el trabajo que pueden vender) constituye un volumen potencial de "servicios" que, lo mismo que las mercancías, está sometido a la ley de la oferta y la demanda.

Cuando los productores elevan sus precios y obtienen buenas utilidades, su natural interés los mueve a aumentar la producción. Para este fin tienen que contratar un número mayor de obreros y pagarles salarios más altos. Pero, alcanzando el punto de saturación del mercado, cuando la oferta de mercancías llega a ser mayor que la demanda, se ven obligados —para mantener sus utilidades— a reducir los salarios y, en último trance, a despedir a los obreros contratados en exceso. Los desocupados pasan inmediatamente a formar un nuevo volumen de oferta de trabajo barato; tanto más barato, cuanto mayor el volumen. Ese trabajo permite a las industrias ya existentes, en otros renglones, ampliar sus negocios, o da margen a la creación de nuevas industrias, incrementándose así otra vez la demanda de obreros.

Dentro del proceso indicado, lo mismo que ocurría con los precios, la ley de la oferta y la demanda ejerce una regulación automática del nivel de salarios, impidiendo que ellos suban desmesuradamente o que bajen fuera de proporción.

Finalmente, Smith analiza las leyes de la acumulación y de la población. En virtud de la primera, las utilidades de una empresa determinan el crecimiento del capital que sirve para expandir la actividad económica. Dicha expansión crea una mayor demanda de trabajadores; se necesitan más y más obreros. Esta demanda, como tenemos visto, hace subir los salarios, y los hará subir hasta un punto en que desaparecerían las utilidades. Pero aquí entra en juego la ley de la población. Al mejorar los salarios, mejoran las condiciones de vida del proletariado y baja el índice de la mortalidad infantil (que en ese tiempo era altísima);

mueren menos niños, aumenta la población y hay más obreros. Por consiguiente, aumenta la oferta de trabajo y los salarios vuelven a bajar a su nivel.

El conjunto y el juego de estos factores fundamentales es lo que constituye el "mercado" capitalista. Las leyes de ese mercado son "las leyes naturales" de que ya hablaron los fisiócratas y que constituyen la médula de la teoría liberal, porque esas leyes actúan natural y libremente, sin necesidad de intervención alguna por parte del Estado.

El mercado tiene en sí mismo los elementos orgánicos indispensables para su funcionamiento. Está vitalizado por fuerzas permanentes como las que derivan de las necesidades del individuo y de la sociedad y de la codicia del hombre. El hecho de haber quedado satisfechas las necesidades limita y regula el impulso productivo. La coexistencia y la actividad simultánea de varios impulsos de lucro encaminados en el mismo sentido y con los mismos objetivos, o sea la competencia, ponen coto al desborde y señalan una medida adecuada.

El fenómeno es esencialmente dinámico. No hay puntos muertos. La producción tiende a subir mientras hay demanda y, por ende, mientras los precios son relativamente altos. Cuando la oferta se hace mayor que la demanda, los precios tienen que bajar, y con ellos disminuye la producción. Ese descenso continúa hasta que la oferta vuelve a ser menor que la demanda. Al surgir la escasez, el consumidor está dispuesto a pagar más por aquello que quiere adquirir. Eso hace subir los precios nuevamente y sube la producción. Los salarios, y hasta la población, aumentan o decrecen al ritmo de este constante movimiento de flujo y reflujo.

Y ¿cuál es el papel del Estado? De no intervención. Sostenían los liberales puros que cualquier intromisión en el juego de las leyes económicas naturales

(que ellos veían como un mecanismo perfecto que se nutría, se ponía en marcha, se frenaba y se lubricaba a sí mismo, automáticamente), no haría sino alterar su funcionamiento. El interés político encarnado en el Estado "corrompería" la pureza de ese equilibrio que, no obstante estar fundado en factores reales, descarnados, crudamente humanos (el egoísmo, el apetito de lucro) y no en concepciones éticas abstractas como las de los utopistas, lleva a la realización de un ideal superior de "armonía social". Precisamente, el hecho de que los repetidos factores no estén sometidos a la acción de "conceptos" —políticos o morales— variables y dependientes de circunstancias temporales, sería la mejor garantía de su estabilidad y solidez.

Al Estado le corresponderá, cuando más, la tarea de vigilar la seguridad exterior de la nación y la de los individuos (el "Estado gendarme"); y la de efectuar ciertas tareas de beneficio común que, no ofreciendo incentivo de utilidad a la iniciativa privada, deben, de todos modos, ser cumplidas, como la construcción y conservación de caminos y la enseñanza elemental.

Es fácil imaginar que, al hacer estas últimas concesiones, los apóstoles del liberalismo puro (componentes de la que se llamó "Escuela de Manchester") lo hacían con el gesto de repugnancia con que se ingiere una droga de sabor intolerable, pero de imprescindible necesidad.

Adam Smith y sus discípulos trazaron con estos caracteres el cuadro de la sociedad liberal capitalista que en ese entonces sentaba sus reales en el mundo. Examinemos ahora la trayectoria seguida por el liberalismo económico hasta nuestros días y sus perspectivas futuras.

Su aparición, igual que todas las grandes transformaciones ocurridas en la estructura económico-social del mundo, acarreó enormes trastornos.